

REALIDADES Y DELIRIOS



SAIOA MIGUEL

‘Buscamos la búsqueda, por muy extenuante y fatigosa que esta sea.

Buscamos creer en nuestra búsqueda, tener fe en nuestra búsqueda. Empezar una búsqueda que nos haga olvidar, aunque solo sea durante un instante, lo banal que es todo.’

LAURA CHIVITE

‘Había comprendido que el hecho de acumular experiencias actuaba como resorte contra la muerte, pero que al final nos moríamos igual.’

LAURA FERRERO

REALIDADES Y DELIRIOS

Saioa Miguel

INDICE

Sobre el prólogo	8
Sobre parménides	11
Sobre el vino tinto de casa	12
Sobre la importancia de la esencia	15
Sobre la huida	16
Sobre el alma y el cuerpo	19
Sobre el yo	20
Sobre texturas	23
Sobre él y ella o ella y ella o él y él o ella y él	24
Sobre realidades y delirios	27
Sobre el bloqueo creativo	28 y 29
Sobre la ciudad	30
Sobre las recaídas	32 y 33
Sobre los ratés	35
Sobre el trabajo	36
Sobre el amor inacabado, el idealizado, el verdadero	38
Sobre lo “camp”	41
Sobre el espíritu de la desmesura	42
Sobre la poetisa que navega en mí	45
Sobre entrar en el vacío	46 y 47
Sobre vivir en ciudades grandes	49
Sobre una historia real	50 y 51
Recoveco	53
Sobre olivia	54 y 55
Sobre el epílogo	58 y 59

SOBRE EL PROLOGO

De este libro quiero sustraer un híbrido entre vivencias y reflexiones. No será un ensayo, pero tampoco una novela. No será una teoría divulgativa, pero tampoco un fanzine. Esa decisión de etiquetar se la dejo a quien lo lea, quien lo disfrute o quien lo aborrezca. Mi forma de escribir es fluida, ilimitada, no siento que sea un proceso por encargo, sino una sucesión de episodios que voy vomitando, hasta quedarme únicamente con la bilis para seguir. Creo en los procesos creativos como procesos de auto-destrucción, que liberan, pero también aprietan. Que reconfortan, pero también deprimen. Que te abren un camino para seguir, pero también te lo obstaculizan. Esa dicotomía inherente a la montaña rusa que precede a escribir, parece real en la mayoría de procesos creativos, pero el saber expulsar ese cúmulo de colores termina con la artista sucumbida. No dejes que te fagocite, sino que deja constancia de todo.

SOBRE PARMENIDES

Hace tiempo entendí que no darle importancia suficiente e ignorar las muchas situaciones que te rodean te ayudan a vivir más ligera. Siempre he defendido la naturalidad y la honestidad como pilares fundamentales de vida, pero no todas las personas se merecen esa integridad. Hay que saber que hay personas con las que no es necesario tomarte tantas molestias. Simplemente, devolverles la indiferencia que te muestran, hace que no pierdas tu integridad. Una mirada vale más que una mala respuesta de odio. Drenar y liberar toda esa frustración, por una vía que te sea más beneficiosa y enriquecedora como el arte, te convierte en un alma mucho más libre, en lugar de sucumbir a los artificios de las guerras sucias. ¡Muss Es Sein! Como señala Milan Kundera en La insoportable levedad del ser ¡Tiene que ser! También siguiendo a Parménides, este sería el deseo: convertir lo pesado en leve. Me gusta su referencia. La frase reivindica la necesidad de ligereza con respecto a las cosas. Simplificar. Reducir. No banalizar todo, pero sí procurar intentar verlo con perspectiva y contexto, no enmarañarte en caminos irresolubles, la trascendencia está en el arte de saber responder con las palabras justas.

SOBRE EL VINO TINTO DE CASA

Bea acudía a diario al bar frente a su casa, cuando terminaba sus obligaciones diarias. De lunes a miércoles bebía café, jueves y viernes cerveza, sábado vino tinto y domingo vermouth. Ahí le aguardaba siempre alguien, una amiga, un amante, su novio, su padre, su primo o su hermano. Ahí vivió las mayores rupturas de su vida, la de su novio, la de su amiga, cuando Bea le confesó que se había acostado con Gorka, el amor de su vida, la de sus padres cuando le dijeron que iban a divorciarse. La del camarero que fue despedido por invitarla siempre a vino tinto, y la del perro, cuando se soltó la correa de la butaca y lo atropelló el coche del vecino. Desde la butaca de la barra había aprendido a ser voyeur y registrar todos los acontecimientos importantes del barrio, el robo en la licorería de Charlie, la caída del puente por una infracción del ayuntamiento, el accidente del colegio donde el profesor de filosofía dejó de dar clase y sus alumnos dejaron de pensar, el cierre de la tienda de Lola por la apertura de una tienda de Humana. Ahí había sido muy feliz, y muy triste, y de nuevo más feliz, pero se había sentido muy deprimida también. En esa barra había espolvoreado sus primeras rayas, había follado en el baño, en la esquina, había cambiado la hora al reloj para que echase la persiana más tarde, había cambiado de música las veces que la dejaron. Había volado con los canutos de su primo y había aterrizado con el último chupito. En ese lugar había experimentado la vida, como cliente, y como camarera, como actriz y como espectadora. Había sucumbido a cada uno de todos los estímulos que le habían puesto delante y sabía por fin que era lo que quería y de que huiría toda su vida. Había aprendido a tejer sobre las heridas supuradas y a curar para que estas no sangraran. Había vivido. Ahora se pedía un vino tinto en otro bar, y recordaba cómo echaba de menos las cucarachas que veía tras los reflejos de las botellas, los cristales sucios y lo poco que tardaba en derretirse ese hielo de la licorería de Charlie. Ahora desde esa butaca de otra ciudad, sintió un atisbo de arraigo



SOBRE LA IMPORTANCIA DE LA ESENCIA

El sentimiento de pensar que no das la talla de lo que se espera de ti, recobra el sentido cuando navegas entre los transeúntes de una nave naufragada que es el reflejo de una sociedad enferma por el consumo, la avaricia, el individualismo y el egoísmo. No quieres sucumbir a eso y lo haces, ahí es donde te das cuenta que estás vacío por dentro. Al no tener la fuerza suficiente de lidiar con toda esa pesadumbre del entorno entretenido. Es difícil deshacer los convencionalismos que te han forjado esos lazos, lo único que queda es seguir puliendo esos entresijos para evitar que tus principios sucumban ante quienes no lo tienen. Pero ni luchando a contra marea, para limar asperezas, consigues tejer una tela de emociones puras. Porque según pasan los años, vamos corrompiéndonos, pereciendo, deleitándonos a costa de otros. Mantener tu esencia sobre toda esa inexistencia de emociones, donde reinan la racionalidad y la asepsia, te empuja a un viaje en tren fronterizo, donde una vez cruzada la línea es difícil volver. Delega en tu intuición.

SOBRE LA HUIDA

Bea se giró y echo un último vistazo hasta el fondo del pasillo, la casa vacía tras la mudanza parecía un pozo sin fondo. Entonces recordó todas las veces que había llegado a esa casa con prisa para prepararse para salir, para que Berta la viese más guapa, las veces que llegó cansada y dejó todo en la entrada, generando una trinchera que quedó sin recoger hasta meses después, las veces que anduvo por el pasillo imaginándose a sí misma en el paseo de la fama recogiendo un premio, las veces que entró con Berta dándose contra todas las esquinas hasta llegar a la cama, las veces que se miró frente al espejo del pasillo y se retocó el pintalabios rojo carmesí, las veces que le ocultó a Berta la rotura del espejo porque había vuelto a permitir que se rodase en su casa, las veces que había dejado la llave al otro lado del pomo y las veces que se las había dejado dentro, las veces que había mirado por la mirilla imaginándose que Berta había vuelto, las veces que anduvo por ese pasillo hablando por teléfono con Berta para que volviera. Dejo las llaves apoyadas sobre la mesa, se giro por última vez y cerro la puerta con la esperanza de volver a abrirla alguna vez. Un hombre con un cartel de “Se Alquila” subió las escaleras, cuando Bea salió, observó que la ventana ya tenía nuevo póster. Entonces supo que lo que se fue nunca vuelve, o al menos no con la misma intensidad, porque son arrancadas de su contexto. Donde fuiste feliz, nunca debes volver. Ese mismo pasillo no tendría más sentido sin Berta, sin esas personas que anduvieron por ahí, sin todas esas fiestas que hicieron, sin ese futuro que imaginaron, sin Jose, sin Irene, sin su casero y sin Javi, el portero.

Ya todo eso se perdió, y el vacío del pasillo se hizo más oscuro. Sintió una liberación, una fuerza interior que aguardaba el dolor y la empujaba a avanzar. En otra casa, otra calle, otra ciudad.

Para ella, empezar en otro lugar, siempre había sido una salvación.



SOBRE EL ALMA Y EL CUERPO

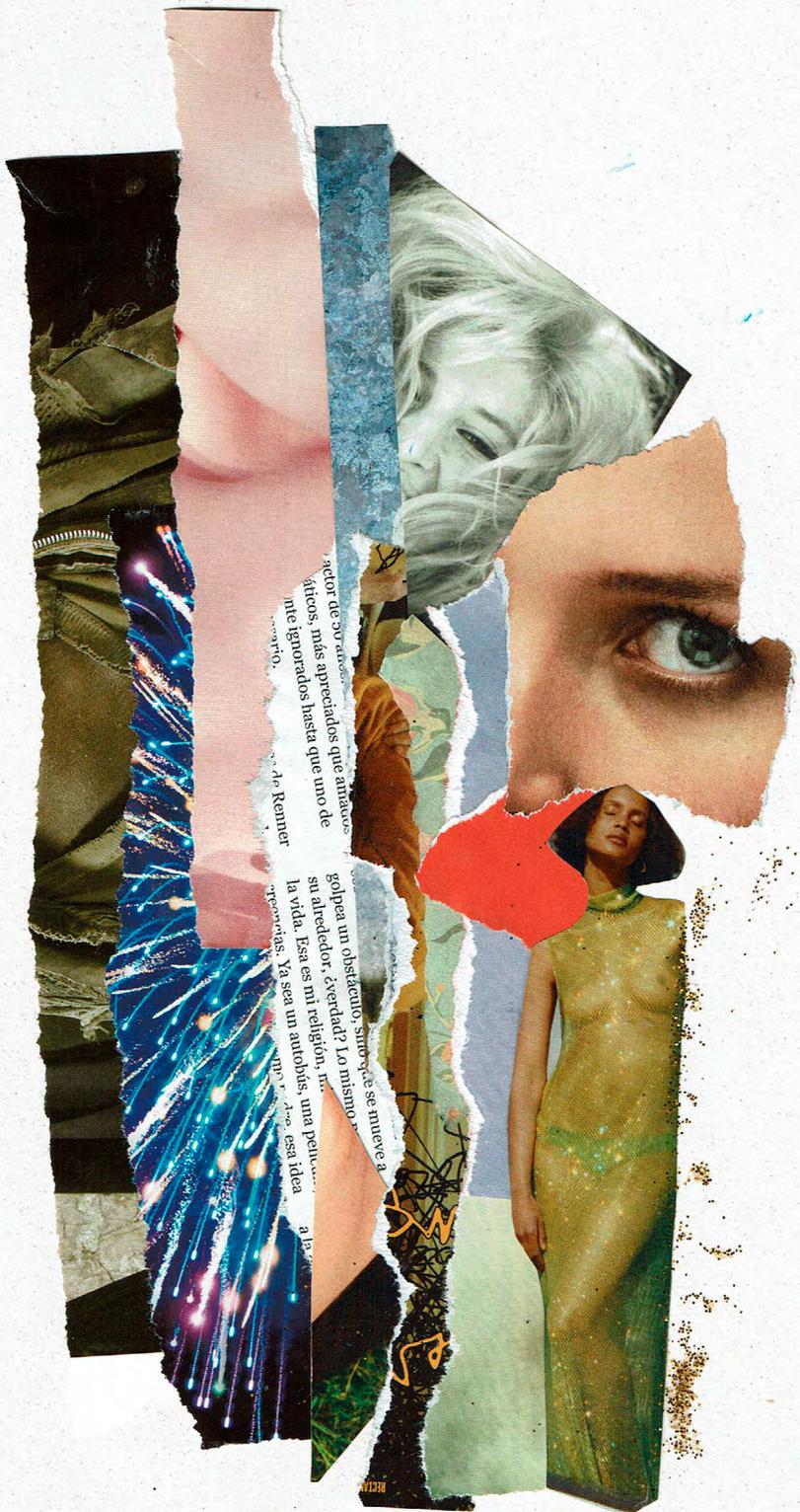
La filosofía griega reiteraba que el alma permanecía cuando el cuerpo pereciera, es decir, este no es más que una apariencia de algo mucho más trascendental que albergamos dentro. Lo superficial esta al descubierto, lo verdadero se esconde dentro. Es una forma de hacernos creer que tenemos que alimentar más el alma que el cuerpo, que vale más enriquecerse de nuestras virtudes que de lo material. Pero esta conclusión, como muchas otras que parecen cuando llega la ciencia, pueden replantearse de forma que el alma no sería más alma, si no cuida un cuerpo que la sostenga. Que el cuerpo, no tendría función sino tuviese un alma que lo nutriese. Ambos son igual de importantes para poder coexistir en equilibrio con lo externo y lo interno.

Si tuviese que escoger, elegiría el cuerpo, porque al menos veo la luz al final del túnel para albergarlo y me daría momentos de placer. El alma me resulta más difícil de satisfacer o de comprender, una vida nunca sería suficiente para llegar a nutrir el tamaño de nuestras ambiciones. Sin una materia será difícil trascender un contenido.

SOBRE EL YO

Una vez leí que la manera más sencilla de comprender el concepto de posmodernidad consiste en un intento de analizar el presente con una visión del pasado ya olvidado o superado, una interpretación que me gustó mucho. Tal como yo lo interpreto, sería algo así como asumir que la naturaleza esta muerta y utilizar esas rupturas para reivindicar la individualidad del hombre. Todo se centra en su propiedad material y espiritual, impera más el artista que su obra. Hablamos de la auto-escenificación y del afán continuo por el yo, priorizarse, adelantarse, enaltecerse, quererse, autocuidado. Dejamos al descubierto, una fina capa de egoísmo y victimismo, que resulta desnaturalizante hasta para la propia persona. Continuamente, replanteándose quién es, qué quiere, a dónde va. Somos la generación más mimada y la más domesticada políticamente, pero no espiritualmente. Y de esa insatisfacción individual, crece una falta de humanismo. El escaparate condicionado por el consumismo mediático se hace más grande, pero los problemas se incrementan dentro de la tienda. El cuerpo se enaltece, el alma se pierde. Todo se banaliza. Se tiende a aclarar el oscuro sin encender una luz, sólo con un foco superficial. Las personas se nutren de lo efímero y rápido, y nuestra atención no es capaz de sostener ni un segundo la antena. La garganta, que escupe una sustancia transparente, parece no ser más que un contratiempo pasajero.

Como decía mi querida Laura Ferrero en Piscinas vacías *“¿Cuántas toneladas de autoayuda y mindfulness hemos tragado para engendrar esa necesidad maníaca de encontrarle a toda una enseñanza? El dolor, a veces, es simplemente dolor.”*



SOBRE TEXTURAS

No es que me guste la pobreza, pero me gusta la degradación, la descomposición, los colores carentes de brillo que convergen en una paleta expresando una textura abstracta.

Las texturas me inspiran para escribir, fotografiar, escoger una película, una comida, un libro. Cuando tengo varias opciones, la decisión viene siempre desencadenada por la textura preferida. Soy fruto de la estética que ha albergado mi percepción superflua desde que tengo uso de razón. Supongo que, sí indagamos en el subtexto de esa textura, comprobaremos que no es solamente una apreciación estética, sino un conjunto de símbolos que manifiestan una vivencia, experiencia o preferencia que nace de una intención. Hasta encontrar la mía, continuaré con mi azar.

SOBRE EL Y ELLA O ELLA Y ELLA O EL Y EL O ELLA Y EL

Bea se hastió de revivir de nuevo una relación al uso. Fase enamoramiento, convivencia y, si eso, adaptación. De ahí nacía su desilusión. No hacía el amor, sino de las relaciones tal como las concebimos, como un cúmulo de vivencias que transitan entre etapas que tenemos que revivir una y otra vez, hasta anquilosarnos en alguna. Es un eterno retorno. Por eso escogió estar sola, porque no iba a pedirle nada que otros y otras le pidieron, no iba a exigirse nada que no fuese a su imagen y semejanza, no iba a decepcionarse. Ya estaba desencantada con las relaciones y sus consecuencias. Estaba cansada de ceder, de consentir, de agradar, de gustar, de necesitar, de emocionar, de decepcionarse. Cansada de pensar en dos, en lugar de ella misma. Necesitaba respirar en un espacio suyo, sin necesidad de dar explicaciones o pedir permiso. Se encerró en un espacio seguro y no salió de ahí en mucho tiempo, hubo mucha gente que se alejó, otros que la tomaron por egoísta e individualista, otros que la esperaron. Esperaría a que pasaran los años, la gente se de-construyese y entendiera que las relaciones, tal como las concebimos, no están hechas para que perduren sin que una parte de una misma muera en el intento.



SOBRE REALIDADES Y DELIRIOS

Yo ando dispersa en un mundo de variedades que surgen de mi cabeza, que me encandilan y me sumergen en otros, y así sucesivamente hasta que cuando me he dado cuenta, ando desamparada en un mundo ideal, distinto al estándar, y cuando vuelvo y me reengancho siento el soplo que siente el náufrago cuando llega a la orilla. Confabulo experiencias y vivencias y los entremezclo llegando a sucumbir a la originalidad de la historia, y de esa divagación tan poco cercana a la realidad nace mi relato. Aunque no sea real, es pura esencia de mi yo más reconocido. Cuando paso mucho tiempo en la superficie sueño con tener tiempo para ahogarme y adentrarme en esas mismas profundidades, pero vivir en ese subsuelo no es sano, puede que sea lucrativo para tu creatividad, pero no genera ningún tipo de bien a la mente de una perturbada. Porque así me considero, bonita por dentro pero no por fuera. Rara por dentro, pero más fuera. Falsas dualidades.

SOBRE EL BLOQUEO CREATIVO

Bea se sentía la persona más impostora del barrio. No había nada con lo que le gustase llenar su tiempo, excepto con la poesía. A imagen y semejanza del barrio, Bea parecía una chica introvertida y complaciente sin ningún tipo de aspiración especial ni virtud conocida. Lo que pocos sabían era que Bea cada noche se sentaba durante horas al borde de su cama después de ducharse, y muchas veces, tras masturbarse, empezaba a escribir con frenesí, hasta que sus dedos sufrieran ampollas y su cerebro se friese cuál huevo en una sartén con aceite hirviendo. Sabía con exactitud que una vez se pusiera sus articulaciones y ramificaciones cerebrales en marcha no se detendrían hasta conseguir extraer de ellas toda esa palabrería que viajaba a la velocidad de la luz por sus venas. Por eso quería hacerlo de noche, cuando todo el mundo durmiese, nadie la molestaría, y el silencio sería el ruido más alto. Después cuando se levantaba y lo leía, se sentía que no era ni la mitad de bueno de lo que pensó la noche anterior. La mayoría de las veces lo desechara y volvía a repetir el ejercicio de escritura esa noche y el de relectura esa mañana. Seguía sin gustarle. Así pasaban los días, hasta que, paseando con su madre por el pueblo, observó en un cartel la invitación a participar en un concurso de poesía. Se inscribió y algo dentro de ella la hizo impulsarse. Se sentó frente al escritorio una tarde, en lugar de una noche, y, suplicando que no la molestarán, empezó a escribir sin detenerse ni un segundo. Durante semanas escribía y borraba, reescribía y volvía a borrar. Así continuamente hasta que, viendo que el tiempo se le escapada entre los dedos como las palabras, decidió darse una oportunidad y aceptar que las cartas ya estaban puestas sobre la mesa. Llegó el gran día y Bea, ante la mirada de su pueblo desarmado e impresionado por verla tan empoderada, sintió el empuje perfecto para recitar su ramo de poemas que durante semanas había trabajado. Al principio, la gente no sabía cómo reaccionar, costaba creer tanto

talento oculto en una niña a la que cualquier mirada intimidaba. Sin embargo, poco a poco, según el público la aplaudía, se relajaba y crecía, y los aplausos aumentaban. Finalmente, el premio del jurado fue para el hijo del alcalde, que ni pronunciar “Fraternidad” sabía, pero el del público sin ser físicamente existente, fue para Bea. A la mañana siguiente, el dueño de un periódico le escribió para que publicase un poema en el número siguiente.

Ahora, desde la distancia kilométrica, observaba a través de la ventana, la ilusión que le hizo esa acogida, por parte de gente con la que creció la reconfortaba. El recuerdo de ese momento le hizo reconciliarse con una vieja idea que tenía en esa época: El Nicho. Sobre ella empezó a escribir y recuperó la inspiración para sus siguientes obras. Asimismo, recordó algo que le sugirió el aterrizar en Londres por primera vez. Ninguna ciudad podrá otorgarte el amor por lo sencillo como lo hace un pueblo, cuya mínima acción se procesa como un gran acontecimiento. Sentir que ha vivido esa felicidad, por lo pequeño, le ayudó a conectarse con ella misma y reavivar ese fuego que llevaba tiempo apagado

SOBRE LA CIUDAD

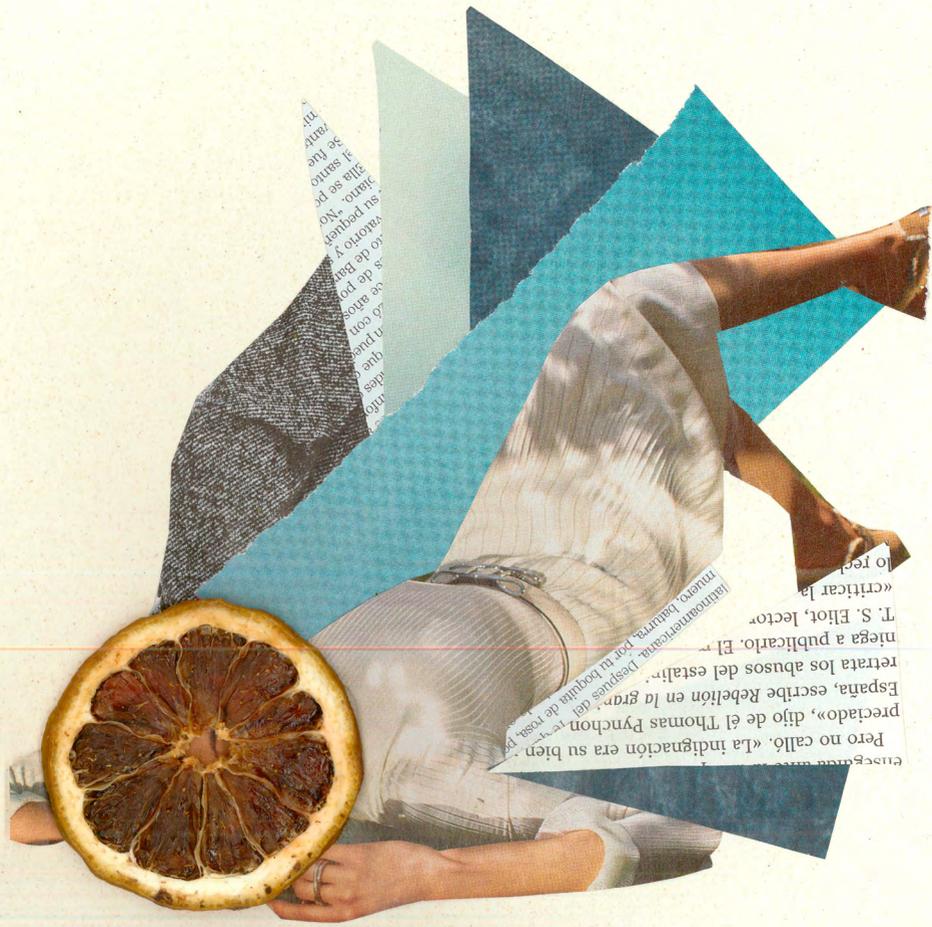
Crecí fuera del alcance de las luces, fuera de cualquier contaminación, fuera del ruido indispuesto, fuera de cualquier reflejo del sol en un ventanal. Crecí en un campo lleno de trigo, rodeada de montaña, con el despertar del graznido y la luz natural que asomaba entre los resquicios de una persiana cerrada con piedras. Ahora la gente camina sin mirar, el ruido del despertador abre la era a una ciudad en llamas, donde el silencio incomoda y el devenir de una voz que grita auxilio ni siquiera se escucha. Entre toda esa aglomeración de personas, no reluce ninguna, todas caminan ansiosas por descubrir lo que esconde una pantalla en miniatura. Aquí somos ciegos, ásperos y funcionamos como máquinas. El cielo azul nos abre las puertas a un más allá, fuera del alcance de un transeúnte que no ve más que el asfalto de piedra. No quiero seguir en un coche con un conductor que no conozco, no quiero seguir bebiendo los posos de cervezas de una ciudad en llamas, no quiero seguir rodeada de ruido que se inmiscuye en mis ideas. No quiero seguir probando continuamente de la fruta prohibida si no va a llenarme. Cerremos el ventanal de lluvia que asola una habitación vacía y salgamos por la puerta que nos aventure al abismo contemplativo. Las calles empiezan a ser transitadas, el ruido empieza a escucharse, los replicantes caminan. Muerte a la ciudad.



SOBRE LAS RECAIDAS

Bea se encontró con Berta cruzando la calle. El semáforo estaba en ámbar, y apenas tuvieron tiempo de hablar. Por lo que Berta dio media vuelta y le dijo a Bea que si le apetecía tomar un café rápido y después cada una por su lado. Entraron en un bar que casualmente frecuentaban cuando estuvieron juntas, hacía cuatro años. Tenían tantas cosas de que hablar que se atropellaban las conversaciones y se reían sin parar a carcajadas. Recordaban, sobre todo, los momentos en el Bar de Charlie, en la Panadería de Susana, en el Videoclub de Tomás, en los cines que estaban bajo la casa de Berta, y las incursiones posteriores a su desván. Recordaban lo bien que lo habían pasado y lo felices que habían sido. Hasta que las discusiones comenzaron y ya no pudieron detenerlas, ni Charlie, ni Susana, ni Tomás, ni el taquillero de los cines pudo recomponer aquella relación que estaba fracturándose. Entonces, de la noche a la mañana, Berta hizo sus maletas, le dejó una nota a Bea y se fue. Bea no la buscó. Sabía que Berta era coherente y racional con las decisiones que tomaba, a diferencia de ella, y que, sí había tomado esa decisión, era porque realmente quería hacerlo. En ese momento, en lugar de verlo como algo negativo, optó por mantenerse ocupada y aceptó una beca para un proyecto de investigación en Bilbao. Una vez ahí, tardó un mes en entender que Berta ya no estaba en su vida y empezó la crisis. Noches insomnes, relaciones esporádicas, drogas, no pasar por casa, no volver a Madrid. Su necesidad de evadirse del vacío que tenía era tan grande que lo último que quería era mirarse en el espejo y ver en lo que se estaba convirtiendo. Hasta que un día, dejó de doler tanto, dejó de supurar tan energéticamente como lo hacía. Entonces, las noches volvieron a ser silenciosas, dejó las relaciones esporádicas, las drogas y empezó a quedarse más en casa. Hasta que un día decidió regresar a Madrid y en ese mismo semáforo se encontró con Berta. Ella le contó

que estaba a punto de casarse, que había ido a Madrid a contárselo a sus padres, le contó que ahora era profesora de literatura en la Universidad de Toulouse y que ya no escalaba, sino que coleccionaba etiquetas de cervezas y le gustaba navegar, porque le hacía sentirse con los pies en la tierra, Berta siempre tan coherente. Bea le contó que gracias a la beca de investigación, consiguió un buen puesto en Bilbao, y que ahora vivía en el Casco Viejo rodeada de amigos y una novia con la que no llevaba mucho, pero que estaban muy bien. No hablaron más de sus respectivas parejas, siguieron bebiendo hasta que cosecharon más de diez marcas distintas de cervezas. Cuando se dieron cuenta estaban totalmente ebrias y no dejaban de hacer sonidos de animales como les gustaba hacerlo en su relación para reírse la una de la otra. De pronto, Berta le instó a ir a ver su desván otra vez encima de los cines y Bea se lo pensó. Sabía que si subía reavivaría momentos que ya murieron y la confundirían, que volvería otra vez a las fases finales del duelo que tanto le costo superar y que seguramente se decepcionaría, porque el recuerdo siempre es mejor que la realidad. Entonces se despidieron. Berta terminó su álbum de etiquetas de cervezas y Bea supo que lo que se fue ya no vuelve, nunca de la misma manera, pero que los recuerdos nunca podrán robárselos. Fin de una etapa.



SOBRE LOS RATES

Susan Sontag definió con esta palabra a los intelectuales fallidos. Aquellos artistas, escritores, estudiantes de doctorado que ahondaron tanto en ella por miedo a verse reflejada. Ningún raté asume su propio fracaso, menos cuando era demasiado tarde. Pero en un mundo donde la productividad reina por su inercia, donde cada una de las personas que se levantan piensan que tener un trabajo, una casa y una familia es haber cumplido, ¿cómo va a haber cabida, para los que se contentan con encerrarse en su estudio a crear, cuando fuera brilla el sol? Además, para poder sucumbir a esos éxitos tienes que ser sumamente servicial con la industria y llegar a contagiarte de ella, sino difícilmente conseguirás ese reconocimiento. Asimismo, nadie es profeta en su tierra, muchos de los artistas reconocidos en su día fueron repudiados por los suyos. Cuántos artistas, tuvieron que renunciar a su entrega por el arte y venderse por poder seguir con la renta. Cuántas escritoras tuvieron que escribir con pseudónimos para expresar sus palabras. Cuánta dedicación y voluntad para un doctorado que después quedó en un cajón perdido en un despacho de una universidad perdida. Cuántas veces renunciamos al tiempo que nos hace felices, el arte de crear, por dedicarlo al ejercicio de la productividad capitalista. Cuántas personas tuvieron que renunciar al ejercicio de embarcarse en un proyecto de transformación personal. Cuántas horas de nuestra vida hemos pasado pensando en un modo de empezar el día que no fuese abriendo los ojos. Intentando ver y no ver al mismo tiempo. Por todas las perdedoras y fracasadas que nadaron en las profundidades del océano bajo nuestros pies y llegaron más alto que los que tienen los pies en la tierra.

SOBRE EL TRABAJO

“Tener un trabajo estable, ir al despacho, permitirse el lujo de estar cómodo, a gusto en el mundo. Para la mayoría, ser (existir) es estar en algún lugar. El trabajo les da permiso para existir, les proporciona una vida privada (obligándolos a ceder la mayor parte de sus días a la vida pública). Solo fracturando sus existencias, amputando la mayor parte de su tiempo, pueden aspirar a tener una vida.

El trabajo, al igual que el matrimonio, es una solución rudimentaria que funciona. La mayoría se sentiría perdida sin él. Pero hay individuos con cierto grado de sensibilidad para los que el trabajo, al igual que el matrimonio, no funciona en absoluto, personas que se marchitan cuando sus vidas se ven fracturadas, entablilladas.”

-Diarios de Susan Sontag-

**SOBRE EL AMOR INACABADO,
EL IDEALIZADO, EL VERDADERO.**

“A veces te das cuenta de que el amor verdadero, en su forma absoluta tiene muchos propósitos en la vida. No solo se trata de traer bebes al mundo, del amor ni almas gemelas ni un compañero de por vida. El amor que hemos sentido en el pasado, un amor inacabado, que no se ha sometido a prueba, el amor perdido, parece fácil e infantil para quienes decidimos sentar la cabeza. Pero en realidad, es el más puro, el más concentrado.”

-Modern Love-



SOBRE LO “CAMP”

El camp todo lo ve entre comillas. No será una lámpara sino una “lámpara”, no una mujer, sino una “mujer”. Detrás de esta afirmación se esconde Susan Sontag o mejor dicho, “Susan Sontag” que escribió el ensayo “Notas sobre lo “camp”” el cual obtuvo muy buena acogida en la sociedad neoyorquina de mitad de siglo XX. Lo “camp” consiste en vivir como quien interpreta un papel, es la concepción más extrema, por su sensibilidad, de la metáfora de la vida como teatro. Metáfora que el aclamado y uno de los precursores del pop art llevo hasta la práctica, Andy Warhol, temerosa de la humanidad, había abrazado la deshumanización como citaba Benjamin Mosen en la biografía que escribió sobre Susan Sontag, ganador del Pulitzer en 2020. Warhol insistió acerca del término otorgándole una imagen humana de su persona a quien pensará en la representación de lo “camp” y es que el artista proclamaba, quiero ser de plástico o también, me gustaría ser una máquina. El artículo de The Times definió el término “Camp” como cualquier cosa que encaje en la definición de disparatado, loco o frívolo. Desde mi perspectiva, el subtexto que se le ha otorgado a la palabra es puramente producto del posmodernismo, con esa espontánea lucidez, pero que no esconde más de sembrar una línea entre lo “normal” y lo que se sale de la norma. Pienso honestamente que Sontag escogió ese término en esa época en concreto para reivindicar su orientación homosexual, así como su forma de vida poco convencional y desestigmatizar cualquier término que se esconde en el entrecomillado para poder hablar con naturalidad sobre él. Lo más molesto de una sensibilidad moderna es su ansia de adornar y hacer que una cosa signifique demasiado, para censurarlo después.

SOBRE EL ESPIRITU DE LA DESMESURA

Un propósito en la vida de una persona equilibrada sería alcanzar la aceptación social. Que admitan su rareza, sentirse bien acogida incluso a costa de respetar los convencionalismos. Que sepa querer, pero al mismo tiempo sea independiente. Que sepa cocinar, pero al mismo tiempo coma fuera. Que tenga amigos y novio. Que sea soltera, pero se acueste con hombres o mujeres. Que no ame, pero si quiera. Que no odie, pero si tenga algún enemigo inocente. Que beba agua, pero también vino. La balanza se tercie entre el blanco de un extremo con el negro del contrario. Pero, para poder sub-existir sobre ese péndulo en mitad de la odisea, es necesario contar con un buen contexto tanto social como económico. Las personas con alteraciones químicas en su cerebro, difícilmente emplearan la razón para establecer vínculos emocionales, pero si nacen en un entorno seguro, probablemente, toda su desorganización se equilibre. Todo se mide por un patrón económico, o al menos, de ahí nace la dicha y la desdicha de quien puede llevar una vida mas o menos decente aún cuando parta de una base llena de dificultades, o la desdicha de quien esté condenado a la decadencia, aún cuando bajo esa capa de piel se esconda alguien con un buen pronóstico psíquico. Sin embargo, el arte no se crea desde un equilibrio, o al menos no germina ahí, lo hace desde un nido de insatisfacción con la vida tan desmedido que requiere de un mundo interno silenciado para respirar. Coincido con quien afirme que mejor sería una vida pacífica y serena, a una vida llena de altibajos con suelos muy duros y techos muy elevados. Pero, insisto en que sin desmesura tampoco habría color. Todo sería gris. Necesitamos del blanco y el negro para desarrollar el resto de colores. Necesitamos de estándares a ovejas descarriladas para avanzar en la historia. Porque sin reclamación, revolución y cambio de quien alza la voz, el resto no consigue escuchar realmente lo que acontece. Necesitamos sensibilidad como bandera, en distintos aspectos, pero la necesitamos.

Las artes escénicas tienen, en primer lugar, un valor económico porque en España representan casi el 4% del VAB del sector, y éste aporta un 3% al VAB global. Pero tienen, en segundo lugar, un valor social menos cuantificable pero más importante porque son el principal dispositivo que ha inventado la humanidad para interpretar la realidad, interiorizarla y transformarla. Las artes escénicas son una práctica de alto valor para el desarrollo personal y colectivo porque son experiencias emotivas compartidas de interpretación de la realidad que permiten interiorizarla y enriquecer el sistema personal de valores. Como práctica compartida son un elemento importante de identidad cultural y de cohesión social. Son importantes porque permite comprender la diversidad de culturas y costumbres que conviven en un territorio.

Sin embargo, el arte no se crea desde un equilibrio, o al menos no germina ahí, lo hace desde un nido de insatisfacción con la vida tan desmedido que requiere de un mundo interno silenciado para respirar. Coincido con quien afirme que mejor sería una vida pacífica y serena, a una vida llena de altibajos con suelos muy duros y techos muy elevados. Pero, insisto en que sin desmesura tampoco habría color. Todo sería gris. Necesitamos del blanco y el negro para desarrollar el resto de colores. Necesitamos de estándares a ovejas descarriladas para avanzar en la historia. Porque sin reclamación, revolución y cambio de quien alza la voz, el resto no consigue escuchar realmente lo que acontece. Necesitamos sensibilidad como bandera, en distintos aspectos, pero la necesitamos.

La primera función de las administraciones públicas de acuerdo con sus competencias es garantizar la existencia de una oferta escénica de calidad. De ahí nace la necesidad de una política de promoción y producción escénica profesional de calidad que permita su posterior distribución y exhibición en condiciones estables).



El porqué de los suspiros

berador el rato de estar sola en el
ha salido de la entrepierna y sin el
mentalidad de contable, no obedecimos.
Pescamos. Es frustrante: la alegría
semanas dominando con la devoción

SOBRE LA POETISA QUE NAVEGA EN MI

Hace tiempo que escribo para liberar la mente de tormentos,
hace tiempo que incidí en el arte de registrar las palabras,
palabras que son testigos de vivencias,
vivencias que acontecen los hechos que me suscriben.

Hace tiempo que soy impulsiva,
y que mis manos son más rápidas que mi mente,
si escribo y no grito me siento mejor,
porque así no molesto.

Hace tiempo que me acuesto pensando en el mañana,
y no en el ayer.

Hace tiempo que congrego mis deseos en frascos pequeños,
hace tiempo que dejé de drogarme,
desde entonces soy menos creativa,
pero más honesta.

Hace tiempo que dejé que la creatividad de mi alma
me cundiera.

Hace tiempo que ya no grito,
porque escucho.

Hace tiempo que dejé de creer en ti,
para hacerlo más en mí,
el mundo necesita una sacudida.

SOBRE ENTRAR EN EL VACIO

A veces ocurre que vives instantes de tu vida cuyas imágenes crees haber visto en otra ocasión. Imágenes que registran vivencias de otros momentos en los que probablemente tú misma te encontrabas en otro contexto, pero con las mismas almas perdidas. Es curioso lo que la mente intenta decirnos cuando menos lo esperamos, y lo poco que está investigado el subconsciente. Desde mi perspectiva, no me dejo llevar por teorías místicas que atrapen acontecimientos mundanos y los vuelvan a algo sumamente significativo, creo en la ley causa-efecto, y en que acumulamos tantos recuerdos que no es fácil registrar todo a la perfección y cuando vivimos similitudes creemos haberlo vivido en otra vida. Pero, probablemente sea fruto de un acontecimiento pasado. Creo en el arte de no dejarnos llevar por la inercia del pensamiento arcaico, pero, sigue pareciéndome curioso que no haya un más que un concepto de déjà vu que nos dice que ese instante creemos haberlo vivido no porque hayamos tenido esa experiencia en otra vida, sino porque se debe a un fallo en la forma en que el cerebro procesa y almacena la memoria.

En mi caso, que me considero una persona con mal registro, a veces lo agradezco, no soy rencorosa. Siento que se debe profundizar más en ese aspecto. Me resulta curioso que, en otras culturas, como en la Budista o Hinduista o Taoísta, entre otras, se crea firmemente que la esencia individual de las personas (alma o espíritu) empieza una nueva vida en un cuerpo o forma física diferente después de la muerte biológica. Esta teoría agrega más esperanza y nos dota de mayor profundidad. Tal vez, ¿lo que somos ahora es consecuencia de lo que hicimos en otra vida? Aunque si aceptamos esa teoría, tal vez, tengamos que adentrarnos en un mundo de misticismos superiores, y empezar a in-

vestigar los beneficios de la meditación o la terapia de la carta astral. En occidente, tendemos a rechazarla, porque impera la ciencia, ante todo, donde haya capital hay mayor investigación que subsane todo lo que no se pueda controlar. Aunque, nunca será la suficiente. En cambio, cuando menor es el recurso mayor es el tiempo de reflexión sobre lo que se tiene y de ahí, se desarrollan teorías que contemplan más el alma que el cuerpo, el espíritu que la mente, la esencia como persona, al individuo. Abogamos por nuestro equilibrio propio.

SOBRE VIVIR EN CIUDADES GRANDES

Al vivir en la lejanía del hogar, en las grandes ciudades, encontré rincones de soledad maravillosos, donde te permites divagar y dispersarte sin necesidad de dar explicaciones después. Donde puedes sumergirte entre los transeúntes y pasar muchas horas inadvertida, fingiendo ser esa persona que quieres llegar a ser. Donde todo el mundo es amable, porque no hay confianza y te acogen rápido en sus planes. Donde el café está más amargo, pero no falta una esquina donde lo vendan. Donde consigues estar más cerca de tus objetivos laborales, profesionales y creativos. Donde echas de menos a la gente, y cuando vuelves haces amnistía emocional olvidando hasta por qué te fuiste. La distancia y el tiempo cortan con todos los rencores. Donde no dejas de hacer cosas, porque tienes mil posibilidades y al pensar que estás de paso no quieres detenerte un segundo. Donde vives una vida entera en meses. Donde te acostumbras a los buenos modales y la falsedad que eso conlleva. Así como también, aprendes a escucharte, a valerte por ti misma y a cuidarte. Pero todo ese escaparate de encuentros agradables y fortuitos esconde una sede dentro, donde faltan cosas como el aroma a calidez de tu hogar, los recuerdos reseñables de infancia, que te descubren lugares y personas con las que has estado toda la vida, sentimiento de arraigo, ese sentimiento emocional fuerte, que te vincula a un pueblo, una casa y una familia, la confianza de estar con gente con la que eres capaz de sentirte segura, gente que aunque tengan una imagen tuya que ya no existe, te conocen mejor que nadie.

SOBRE UNA HISTORIA REAL

Apenas Olivia cumplió ocho años su madre le regaló una muñeca, para que la vistiera y desvistiera, se entretuviera y se conciliase con los regalos de otras niñas de su edad que tenían semejantes muñecas. Apenas cumplió dieciocho años, sus inseguridades y miedos sobre no parecerse a la muñeca que le habían regalado con ocho años la perturbaban. Olivia no tenía el pelo rubio, suave y liso como su muñeca. Olivia no cumplía con las medidas estándar de su muñeca 90-60-90 cm. Olivia no tenía ni el dinero ni la osadía de vestir las ropas de su muñeca. Olivia no lucía tan bien en las fotos, como su muñeca en las suyas de infancia. Cuando tenía veintiocho años sus preocupaciones no eran como las de su muñeca, Olivia tenía que trabajar en algo que no había escogido, porque se había equivocado de carrera. Siguiendo los pasos de lo que la razón le mandó y no el corazón, había escogido la veracidad de la ciencia, pero con el tiempo se dio cuenta que perdía el interés rápido y que sumergirse en las letras la ahuyentaba de aquella pesadumbre. Pero sentía que ya era tarde porque ya tenía el novio, el coche y la casa que tenía su muñeca y había que mantenerlo económicamente. Se había generado a sí misma unas necesidades de las que ahora era esclava, las mismas que las de su muñeca. Pero seguía con vértigo hacía ese vacío que la asolaba. Cuando cumplió los treinta y ocho, ya tenía la hipoteca pagada, estaba divorciada y en su plaza de trabajo sentía que le faltaba el aire. Nada cambió a los cuarenta y ocho que seguía igual de estancada, en su zona de confort, con la misma vida que la de su muñeca.

Finalmente, cuando cumplió sus cincuenta y ocho, empezó a interesarse de nuevo por aquello que un día le gustó, la literatura, pero no tenía tiempo suficiente y el deterioro cognitivo acumulado tras muchos años de frustración, lidiado con pastillas, alcohol y cigarrillos no le permitía enfrascarse ni en un ensayo. De ahí para

arriba ya sólo quedaba el antidepresivo, el gato que se acurrucaba en ella cada mañana y el queso que era lo único que el paladar le dejaba sentir. Murió acompañada de unos pocos amigos del trabajo, un viejo amante, la poca familia que le quedaba, su muñeca y sus diarios. Una editorial local se interesó por ellos, los compró y tuvo un gran éxito.

Bea leyó esos diarios cuando tenía ocho años, en el colegio dijeron que tenía un coeficiente intelectual por encima de la media. Era capaz de analizar y sintetizar la literatura por encima de los niños de su edad. A los dieciocho, cuando le tocó escoger carrera, se acordó de los diarios de Olivia y entre complacer a su familia e irse por medicina, escogió las letras. Se matriculó en Filosofía. Después de ello, estuvo años entre trabajos mal pagados y precarios, pero durante ese periodo de tiempo escribió historias que acabaron convirtiéndose en guiones y estos en películas. Finalmente, a los veintiocho ya se había llevado al cine una gran historia suya, cuya temática no eran ni las muñecas, ni los matrimonios ni la elegancia. Hablaba de una chica que escogió una vida propia, al margen de la sociedad. A los cincuenta y ocho, Bea ya había pasado por muchas crisis existenciales, pero tenía la forma de expresarse porque había aprendido a desarrollarla y vivía de ello. En su discurso de agradecimiento mencionó los diarios de Olivia, brújula imprescindible en su vida y gracias a la cual, se conocía hoy en día.



RECOVECO

Lugar donde una persona siente su intimidad.

Espacio donde esconderse-
cuadrilátero de lucha personal.

Caja de intensidad creativa
aluvión de recuerdos.

Objetos que iluminan.

Canción que te identifica.

Habitación propia.

Donde lo único que te importa es llegar.

SOBRE OLIVIA

El vaso posaba en la barra de la Whiskería de al lado de su casa. Desde hacía unos años era lo único que sabía pedir, un whisky doble con hielos. Lo que variaba era el número de vasos que se bebía, podían oscilar entre los cinco a los diez. Lo que la separaba del alcoholismo era que sólo lo hacía una vez al mes. Llegaba a la barra, se sentaba sobre el taburete de terciopelo rojo que había en la esquina del bar y pedía su vaso. El camarero la conocía, por lo que, sólo hacía falta un cruce de miradas para saber lo que estaba pidiendo. Ese momento era su catarsis, su confesionario frente al espejo que posaba frente a ella y la reconocía. Ella sentía que se le desnudaba el alma cuando se miraba y se veía reflejada en ese espejo. Los momentos felices son pasajeros, en cambio la tristeza y la frustración conciliaban perfectamente con la rutina en la que estaba sumida. Ese pensamiento la llenaba de amargura al tiempo que la hacía más creativa. Veía en ese espejo el reflejo de una mujer que seguía buscando apagar esa llama que la sofocaba. Sucumbir a las llamas sería la muerte. Por lo que, el agua era su rutina y el alcohol, aún cuando ella sabía, era lo que avivaba ese fuego interno que la incitaban a quemarse.

El peligro siempre la había llenado de vida, pero en una línea temporal corta de veinte años no podía exponerse demasiado. Su entorno siempre creía que ella era “la niña buena”. Aquella expresión sexista, construida desde el “marianismo” de mujer inmaculada, buena y generosa, que cumple con las expectativas complacientes que demanda la sociedad, se volvía cansado y estresante para ella. Ya que, impedían su autonomía emocional e independencia a quemarropa.

Después de esos momentos de embriaguez que reservaba cuando sentía que no podía más, pedía un taxi y se adentraba en una habi-

tación de hotel a las afueras de la ciudad, siempre la misma habitación, la 1016, en la última planta. Ahí llegaba, sin mirar a la cara de la persona que custodiaba las llaves solicitaba la suya y subía en un ascensor de cristal. Al llegar, abría el grifo de la bañera, se desvestía quitándose la ropa más elegante que tenía, se masturbaba con parsimonia y llegaba arrastrándose hasta la bañera donde se sumergía en el agua templada sin dejar de cerrar el grifo. A veces, ocurría que el agua llenaba todo el baño y el de recepción llamaba pidiendo que por favor se acordase de cerrar el grifo. Pero a ella poco le importaba. Le gustaba la sensación de sentir que el agua fluía, que su rutina pronto llegaría y dejaría de lado ese caos al que se sometía cada mes. Se atrevía a soñar incluso que se ahogaría y llegaría naufragando a una isla donde podría alejarse de la ciudad y respirar aire puro.

La ciudad la sumaba en una profunda depresión, pero al mismo tiempo la llenaba de frenesí, esa montaña rusa de emociones reinaba en su vida. En el fondo sabía que el no saberlo la alejaba de la solución saludable a su problema, y hacía que su problema fuese más grande. Pero para ella siempre era más fácil a corto plazo no afrontar los problemas, sino pasar de puntillas alrededor. Como cuando iba desde el ascensor hasta su habitación sin apenas hacer ruido para que no la descubriesen.

Cuando miraba hacía arriba sumida en la desesperación de su bañera y se acordaba de por qué el número de su habitación era el único que la interesaba. Volví a la infancia, a la puerta cuyo número era el mismo que el de su habitación. Entonces, se sumergía en el agua, y las burbujas se entremezclaban con las de las últimas gotas del champagne.

Para Bea, gracias por tu luz y energía
constantes.

Siempre vivirás en nuestros secretos.

Estés dónde estés, no te olvidamos.

SOBRE EL EPÍLOGO

Escribí este libro entre el invierno de 2021 y la primavera de 2022, en un piso perdido en un barrio encontrado en Madrid. En los pocos ratos libres que la ciudad me otorgaba. Escribía en el metro, entre las líneas 5 y 10. Escribía en mis noches insomnes, en mis momentos de frustración diurnos y, sobre todo, nocturnos. Escribí borracha, pero también sobria. Despreocupada, preocupada, frustrada, agobiada, agotada, enfadada, triste, motivada, feliz. Escribía con las tripas y no con la cabeza, con mis manos, pero no con mi cuerpo. Siempre tuve la sensación de vivir separada de él, como un globo que escapa de una mano escurridiza. Pero como tenemos que convivir, vamos a pactar, en unos años haremos un retiro espiritual a la montaña y ahí pasaremos el resto de nuestra vida, escribiendo y dando paseos, leyendo y bailando bajo las copas de los árboles como nuestras abuelas. Espero que os adentréis en estos relatos, como nos adentramos en los sueños que nos duermen y viajéis a la mente de una persona inconexa, desorganizada, caótica y cuya esencia es un collage de episodios fragmentados que se entremezclan, con un resultado inespecífico, imperfecto, inconcreto, impreciso e irregular.

Gracias a todas y todos los que os habéis sumergido. En especial, a toda la gente, que durante ese tiempo paso por mi vida en Madrid.

En específico, a los que se volcaron en augurar unos viajes en metro más entretenidos.

Por todas esas familias que se construyen en ciudades demenciales.

La manera en la que sentimos construye, para bien y para mal, el mundo en el que vivimos.

Tenemos grandes momentos, entre periodos de absoluta mediocridad.

Este libro se lee como la vida, de un suspiro.

